

TEXTO 1

Trump se irá o le echarán, pero el trumpismo se quedará. Al menos una buena parte, incluso la más sustancial. Lo hará si consigue levantar el muro de 10 metros que borrará de un plumazo el icono de la Libertad celebrada en la entrada del puerto de Nueva York. Trump será como Honecker, sin muchas diferencias. Uno era para evitar la huida de la dictadura, mientras que el otro será para evitar la huida de la miseria.

Nada volverá a ser como antes, ni siquiera si, más pronto que tarde, llega un presidente demócrata e izquierdista a la Casa Blanca. La semilla está sembrada, y creciendo, como se está viendo en todas partes. Europa está regresando al tiempo anterior a 1917, fecha en que empezó el compromiso de Estados Unidos con el viejo continente, cuando las rivalidades nacionales, el racismo, el militarismo y el extremismo, nuestros vicios más ancestrales, nos estaban hundiendo en el desastre.

No fue Trump quien trajo las señales exactas de este futuro, tan inquietante como nuestro pasado, pero con Trump se han disparado las sirenas de alarma. Ya no hace falta esperar más para darse cuenta de lo que está ocurriendo, después de las rupturas unilaterales del pacto nuclear con Irán, del acuerdo climático de París o de la coalición de 68 países que combatía al Estado Islámico en Siria. La próxima jugada, que no tardará, dejará a la OTAN al pie de los caballos. Los viejos aliados europeos de siempre ya no cuentan, solo suscitan desprecio en la Casa Blanca.

La idea es tan simple como eficaz: quien quiera seguridad que se la pague entera de su bolsillo. Para que quede bien claro, Trump se ha deshecho del equipo entero de militares que le aconsejaban, buenos profesionales, intelectualmente muy preparados, conocedores de la historia, apegados al honor, a la palabra dada y a los pactos, y leales con los amigos y aliados con los que han trabajado durante toda su carrera.

El actual presidente es la negación de todas estas virtudes y la única consecuencia de lo que está sucediendo la dedujo Merkel con sus buenos reflejos poco después del relevo en la Casa Blanca: “Los europeos debemos hacernos cargo de nuestro destino”. Si queremos seguir viviendo en paz y seguridad, debemos asumir, por primera vez en los últimos 70 años, nuestras responsabilidades enteras y en solitario como europeos, ya que es imposible que las podamos asumir solo como españoles, franceses o alemanes. Esta también es la lección del muro de separación con el que Trump quiere aislarse del mundo.

Adaptación del artículo de Lluís Bassets, El País, 19 enero de 2019. (425 palabras)

TEXTO 2

La tendencia al alza y a la recuperación de nuestras reservas de agua embalsada se ha roto. Los pantanos están en su conjunto tres puntos por debajo de la media de los últimos diez años. No hay que alarmarse, pero haríamos bien en poner en marcha de una vez por todas las necesarias medidas de prevención para adaptarnos mejor a la próxima sequía.

Porque ¿qué hemos hecho a lo largo de estos meses de pluviosidad abundante para preservar ese tesoro que nos han dejado las lluvias? ¿Qué medidas hemos emprendido mientras nuestros embalses se llenaban para precaver no ya el riesgo sino la certeza de su vaciado? La respuesta es nada.

Sabemos que las sequías asociadas al cambio climático van a ser cada vez más severas y recurrentes. Sabemos que estamos en la “zona cero” del calentamiento global y que por lo tanto vamos a tener que enfrentarnos a escenarios de escasez cada vez más graves y difíciles de gestionar. Pero seguimos sin poner en marcha un gran plan nacional para el uso responsable del agua y la adaptación a las sequías del cambio climático. Un plan que debe ser expeditivo e inmediato, consensuado por todos los sectores y alejado de los intereses particulares de los partidos.

Adaptación del artículo de José Luis Gallego, eldiario.es, 5 enero de 2019, (207 palabras).

TEXTO 3

Muchas mujeres de la posguerra española criaron a sus hijas susurrándoles al oído que estudiaran una carrera, o en su defecto tuviesen un oficio, un trabajo. Que jamás dependiesen de nadie. Al menos es lo que yo viví en casa. La dependencia económica es la cárcel, quedarse en casa cuidando a los hijos, ancianos y enfermos ha sido el rol femenino tradicional que nos ha condenado a la cuneta social. Porque sí, cuidar es maravilloso, pero también lo es sentirse libre de vivir la vida que quieras, y además de ser madre, ser mujer, periodista, carnicera o ingeniera molecular.

Crecimos escuchando a esas madres mientras nos hacían la merienda, y protagonizamos las primeras fotos con birrete y orla en muchos comedores de pisos humildes de toda España. El orgullo de ser las primeras licenciadas universitarias de miles de familias. Su trabajo y enorme sacrificio estaba en esas fotos expuestas como trofeos sobre la tele. Hoy las teles son de plasma y no aguantan un marco de fotos. Y la ultraderecha... bueno, la ultraderecha en boca de Aznar ya dijo hace años que lo que le gustaba era “la mujer, mujer” y con esta imprecisión ya lo entendimos todo.

He criado a mi hija diciéndole lo mismo. No dependas de nadie. Pero también le he hecho ver que soy su madre, y también soy periodista, mujer, amiga de mis colegas... Y todo eso importa. Nadie tiene que imponer una cosa sobre la otra, si una misma no lo quiere. Y durante mi vida he visto casos de todo: la culpabilidad de no ser una súpermadre motivada. Las malas caras en algunos equipos cuando trabajas un día desde casa porque tu hija tiene fiebre. Que te paguen menos o no te contraten porque algunos entienden el periodismo, no como un sacerdocio, sino casi como una secta. Esas mujeres que no pudieron tener vida propia, ni derechos, no han hecho todo ese camino de renuncia para ahora volver a ver a sus hijas y nietas preparar canastillas, zurcir, cocinar y esperar al marido a que vuelva del duro día de trabajo al hogar para servirle.

Adaptación artículo Lourdes Lancho, eldiario.es, 11 enero de 2019, (352 palabras).

TEXTO 4

El sector de las VTC ha evolucionado mucho y miles de personas han cambiado su manera de moverse por las ciudades. Como respuesta, una huelga de taxis ha paralizado España.

Una huelga que nos ha dejado intolerables escenas de violencia en un Estado de Derecho. Intimidaciones, ataques y amenazas que los conductores y pasajeros han sufrido directamente. Escenas que, esperamos, no se repitan jamás.

Si algo hemos aprendido estos días es que debemos trabajar juntos. Todos juntos. Porque aunque algunos se empeñen en presentar este problema como una guerra, la verdad es que no es tan diferente de la encrucijada que viven todas las grandes ciudades del mundo. Y ante esta encrucijada, en nuestras manos está decidir qué camino queremos tomar. Podemos restringir las nuevas alternativas de movilidad, o podemos empezar a trabajar para alcanzar el objetivo que compartimos el Gobierno, los Ayuntamientos, el sector del taxi, el de la VTC y Uber: que cada día circulen menos vehículos privados por nuestras calles.

Pero para que la gente deje su coche en casa debemos ofrecerles cada vez más alternativas, no menos. Un ejemplo: el próximo mes de noviembre Madrid restringirá el tráfico de vehículos privados en casi todo el centro de la ciudad. Una medida sin duda acertada pero probablemente incompleta si, al mismo tiempo, no ofrecemos más alternativas de movilidad.

El cambio ya ha empezado. Muchos habitantes de las grandes ciudades ya no quieren usar su coche y prefieren combinar distintas alternativas de transporte para sus desplazamientos. Cada vez es más común ver como alguien mundo opinionuien sale de su casa en las afueras en bici hasta la estación más cercana, viaja en Metro hasta el centro de la ciudad y pide un Uber para llegar a su destino final. Y todo ello más barato, más cómodo y menos estresante que ir en su propio coche.

Alternativas de todo tipo: El Metro, el autobús, el coche compartido, la bicicleta, la VTC, y el taxi.

Ante la encrucijada, queremos ir hacia adelante. No se trata de VTC o taxi. Se trata de que, poco a poco, aprendamos a trabajar juntos para cumplir el objetivo de todos: que dejes tu coche en casa.

Adaptación de *Uber Blog*, 1 agosto de 2018, (359 palabras).

TEXTO 5

Por organismos internacionales de toda solvencia España ha sido declarado el mejor país del mundo para nacer, el más sociable para vivir y el más seguro para viajar solo sin peligro por todo su territorio. Según *The Economist*, nuestro nivel democrático está muy por encima de Bélgica, Francia e Italia.

Pese al masoquismo antropológico de los españoles, este país es líder mundial en donación y trasplantes de órganos, en fecundación asistida, en sistemas de detección precoz del cáncer, en protección sanitaria universal gratuita, en esperanza de vida solo detrás de Japón, en robótica social, en energía eólica, en producción editorial, en conservación marítima, en tratamiento de aguas, en energías limpias, en playas con bandera azul, en construcción de grandes infraestructuras ferroviarias de alta velocidad y en una empresa textil que se estudia en todas las escuelas de negocios del extranjero. Y encima para celebrarlo tenemos la segunda mejor cocina del mundo.

Frente a la agresividad que rezuman los telediarios, España es el país de menor violencia de género en Europa, muy por detrás de las socialmente envidiadas Finlandia, Francia, Dinamarca o Suecia; el tercero con menos asesinatos por 100.000 habitantes, y junto con Italia el de menor tasa de suicidios. Dejando aparte la historia, el clima y el paisaje, las fiestas, el folklore y el arte cuya riqueza es evidente, España posee una de las lenguas más poderosas, más habladas y estudiadas del planeta y es el tercer país, según la Unesco, por patrimonio universal detrás de Italia y China.

Todo esto demuestra que en realidad existen dos Españas, no la de derechas o de izquierdas, sino la de los políticos nefastos y líderes de opinión bocazas que gritan, crisan, se insultan y chapotean en el estercolero y la de los ciudadanos con talento que cumplen con su deber, trabajan y callan.

Adaptación del artículo de Manuel Vicent, *El País*, 18 de noviembre de 2018, (304 palabras).

TEXTO 6

Tengo sensación de cierto alivio. La experta me dice que con tres hijos y un oficio como el de periodismo difícilmente tengo tiempo de criar hijos perfectos o hiperniños. A la más pequeña le acabo de dar de merendar cruasán de chocolate y un helado, a la mayor le he dejado ver cuatro capítulos seguidos de una serie americana, y su padre pierde muchas horas de su vida llevando al mediano al fútbol en la otra punta de la ciudad. Todo eso me lo callo delante de la experta.

¿Qué es un hiperniño? Contesta Eva Millet, autora de *Hiperniños* (Plataforma Actual): “Es el producto de una crianza intensiva, de una absoluta dedicación de los padres al niño, pero una dedicación más enfocada a ver el hijo como un producto. Tienen de antemano un plan establecido para ese niño incluso antes de nacer. Es un modelo norteamericano. Este niño es el absoluto rey de la casa, el Luis XIV. Es el *modelo altar*, se le rinde culto, se le da todo, se le consulta todo pero, por otro lado, tiene una presión brutal para triunfar. Son niños hiperprotegidos, que gestionan mal la frustración, que se muestran muy poco autónomos. Es un fenómeno del primer mundo”.

¿Cuáles son los síntomas? “Cuando es incapaz de hacer algo que le tocaría hacer sin ayuda del adulto. El ejemplo son los deberes. Cada vez hay más niños que no saben hacer los deberes sin sus padres, y cada vez más padres que los hacen para subirles la nota. Otra característica son los miedos, y uno cada vez más común es el miedo a equivocarse, el miedo a fallar. También la ansiedad y el estrés, que son estados de los adultos, que cada vez se detectan más incluso en niños. Se ve un poco la crianza de los hijos como un campo de entrenamiento, porque cada vez hay que llevarlos a más sitios, son infancias muy estresadas”.

El último informe del Estudio del Plan Nacional sobre Drogas en España, detalla Millet, ha detectado que uno de cada seis adolescentes calmó sus tensiones ante un examen o una ruptura tomando ansiolíticos. Los tranquilizantes por primera vez superan al alcohol y al tabaco como droga de inicio.

Millet explica que los hiperpadres han entrado en la escuela y los colegios están apabullados. Padres que se meten en el AMPA para cambiar el menú, padres que montan grupos de WhatsApp para criticar al profesor... “Me cuentan profesores que encuentran niños que escuchan la palabra NO por primera vez en la escuela, que llegan con muy pocos límites, que no duermen, que se caen en el patio y se quedan inmóviles a la espera de que alguien los levante...”. Por el camino, y eso es cierto, los padres y las madres han perdido autoridad.

Adaptación del artículo de Ana Pantaleoni, *El País*, 17 mayo de 2018 (464 palabras)

TEXTO 7

No es fácil estar al día en un mundo que se actualiza todo el tiempo. En un universo paralelo donde las aplicaciones móviles sufren cambios constantes, podemos imaginarla infinidad de información dispuesta a sufrir nuevas modificaciones en este planeta. Por esta razón, es comprensible perderse en algo tan sencillo como el lenguaje y evitar el FOMO (miedo a quedarse fuera del mundo online). Olvídate del *xD* (risas), sobre todo si se trata de entender a las generaciones más jóvenes, que por motivos obvios están más apegados al móvil y a la vida moderna.

El término *millennial* se ha introducido en la rutina de la sociedad occidental y muy pocos desconocen las realidades de una generación que es amada y odiada por igual —como todas—. Su apego tecnológico y su “aquí y ahora” han generado mucho debate sobre sus principios, sus deseos y sus objetivos vitales. Pero ahora, el otro gran centro de atención —y críticas— está en la Generación Z, aquella que sigue a los *millennial* y se compone de los nacidos a finales de los noventa y principios de los 2000. Gente con mucho *swag* (estilo).

La fina línea que separa a los más jóvenes puede sufrir intercambios extraños a la hora de hablar, como esos padres que dicen mola y guay. Eso sí, en términos generales podrían definirse las jergas por determinadas tendencias de uso. Si los *millennials* puros utilizan *TBT* (recuerdo antiguo), *TLDR* (resumen), *DIY* (hazlo tú mismo), *random* (aleatorio —no siniestro—) y postureo, y los más modernos del trabajo prefieren el *FYI* (es de tu interés) y el *ASAP* (lo antes posible), los más adolescentes utilizan algunos de los siguientes términos en sus conversaciones —sobre todo a través de redes sociales como *Instagram* y *YouTube*—: *bae*, *crush*, *hater*, *hype* o *LOL*.

Adaptación del artículo de Katy Lema, *El País*, 26 de enero de 2018. (300 palabras)

TEXTO 8

"Yo tenía 20 años. No permitiré que nadie diga que es la edad más hermosa de la vida". Con estas palabras comienza *Aden Arabia*, el libro del escritor francés, hoy demasiado olvidado, Paul Nizan. Quizá algunos pudieran haberlas recordado al escuchar el discurso del Rey en Nochebuena: la sociedad española tiene una deuda pendiente con sus jóvenes, que no pueden construir un proyecto de vida personal y profesional, que no tienen un trabajo y un salario dignos, ni un lugar adecuado donde vivir, ni pueden formar una familia.

A la luz de este lóbrego diagnóstico, la pregunta habitual no sería, como hasta hace poco tiempo, la tópica de qué les pasa a los jóvenes, sino qué se les ha hecho a los jóvenes. O qué les hemos hecho a los jóvenes.

Un reciente estudio de Comisiones Obreras (#GeneraciónMóvil) profundiza en la descripción de Felipe VI: trayectorias personales y laborales inestables e imprevisibles, siempre condicionadas por bajos salarios, insoportables tasas de temporalidad y una rotación que convierte a los jóvenes en nómadas en el mercado de trabajo: de un sector a otro, de asalariados a autónomos, de víctimas de la parcialidad no deseada a falsos becarios, con escala impuesta en el paro o en el extranjero, sin horizontes ciertos ni la menor capacidad de planificar proyectos de vida en el medio o en el largo plazo, carentes de seguridad, etcétera.

Este es el principal problema de nuestro país. Frente a él, el resto palidece. Para concretar estas dificultades hay multitud de situaciones. La primera podría ser la de la precariedad como norma, que afecta a los menores de 29 años más que al resto de la población.

Segundo aspecto: el ajuste salarial durante la crisis se ha concentrado entre la población joven, con dos efectos relevantes y graves: un aumento de la desigualdad derivado de la mayor brecha salarial entre los jóvenes y el resto de la población, y un incremento de la pobreza posibilitado por el descenso del salario medio que cobran los menores de 29 años. La última década ha sido testigo de cómo el concepto “milleurista” ha pasado de despectivo a ser una aspiración.

Por último, el creciente retraso en la edad de emancipación dificulta la viabilidad de proyectos personales o familiares y reduce la natalidad, influido por el retraso en la edad de tener el primer hijo o en no poder afrontar la descendencia.

Sócrates, uno de los padres de la filosofía, fue acusado de corromper a los jóvenes al tratar de rebelarlos. Tal vez la atención puesta por el Monarca en este problema o la lectura del informe íntegro de CC OO contribuyan a debatirlo. Porque de ambos se desprende que a muchos jóvenes se les está privando de las oportunidades que deberían haber tenido obligándolos a aceptar, en el mejor de los casos, cualquier empleo y a volver una y otra vez al hogar materno o paterno, ocultando su frustración.

TEXTO 9

Quizá no tenga que ver, pero es un dato: El Ejido, el municipio almeriense en el que la ultraderecha ha obtenido el mayor porcentaje de votos en las últimas elecciones andaluzas, es la mayor población española sin librerías. La última que quedaba cerró en 2015 por falta de rentabilidad.

Que el mar de plástico que se extiende por el poniente almeriense sea el principal granero de votos de la ultraderecha española (falta por ver qué sucederá en otras comunidades autónomas cuando sus electores voten) se relaciona por los analistas con la elevada tasa de inmigración, extranjeros que trabajan en los invernaderos en lugar de venir a veranear a la costa como hacen otros, y sin duda tendrá que ver, pero uno prefiere buscar la raíz en la historia y en las circunstancias sociales y culturales de una provincia que pasó en medio siglo de ser de las más pobres del país a una de las más ricas sin que paralelamente ocurriera igual en el nivel cultural de su población. Que el analfabetismo ya no esté tan extendido como estuvo no basta para considerar que aquel haya subido, al contrario: se nota más su precariedad a la luz del desarrollo económico.

Lo que iba a ocurrir se advertía ya en una película de Felipe Vega rodada en los invernaderos de El Ejido en 1989, casi una premonición visitada hoy. En *El mejor de los tiempos*, película protagonizada por Iciar Bollain y Jorge de Juan, Felipe Vega retrataba, además de la maravillosa luz, las circunstancias socioeconómicas en las que se estaba produciendo el llamado milagro de Almería: las condiciones de trabajo en los invernaderos, la llegada masiva de emigrantes magrebíes, la utilización de productos químicos peligrosos, la repentina riqueza de unos agricultores que habían pasado de la miseria al esplendor económico sin tiempo para adaptarse culturalmente a esa situación...

Lo que ha venido después, como la llegada de nuevos inmigrantes europeos y africanos o la propagación sin freno de unos invernaderos que hoy cubren ya la región como un nuevo mar, lo han descrito otras películas que, como la de Felipe Vega, ponen el ojo de la cámara en una sociedad cada vez más conflictiva y sujeta a vaivenes y terremotos de todo tipo de la que apenas hablaban los medios de comunicación nacionales, excepto cuando desbordaba la normalidad.

El caldo de cultivo del racismo, la xenofobia y el miedo al diferente, junto con el temor a perder el nivel económico alcanzado (no pidas a quien pidió ni sirvas a quien sirvió, decía siempre mi madre) y una incultura ancestral que los coches de alta gama y los relojes de oro macizo no borran, han convertido el mejor de los tiempos de un país en el peor, por lo menos en lo que a calidad humana se refiere.

Adaptación del artículo de Julio Llamazares, *El País*, 8 diciembre de 2018 (466 palabras)

TEXTO 10

Existe una fractura. Algunos la pueden recorrer con las yemas de los dedos. Otros conviven todos los días con ella. Atravesamos tiempos de inequidad. En los salarios, en la riqueza, en el mercado laboral, en la educación, en el hogar; en la existencia. Una desigualdad que hiende dos generaciones. Los jóvenes frente a los mayores. Diríase que el pacto generacional, que durante décadas conectó a ambos grupos, está entretejido hoy por hilos de seda.

Las palabras se reparten a ambos lados del abismo. En un extremo, Walter Scheidel, profesor de Humanidades en la Universidad de Stanford (California), sostiene que la inequidad solo puede resolverse por uno de los “cuatro jinetes de la desolación: la guerra, la revolución, el colapso del Estado o la peste”. Esta visión apocalíptica la defiende con la misma determinación que una frase sin comas. “Resulta muy difícil afrontar este problema por medios pacíficos”, avisa el docente.

Otras voces miran esta hendidura e irrumpen en la discusión. Ian Goldin, profesor de Globalización y Desarrollo en la Universidad de Oxford, admite esta batalla entre generaciones, cuya tierra baldía es la desigualdad. E intuye un futuro yermo para uno de los dos bandos. “Los jóvenes tendrán que soportar impuestos más altos para pagar las pensiones y el cuidado de los mayores. Y estos apoyarán menos a sus hijos en educación, consumo o vivienda”.

Nada de esto sucedería sin ese destino insobornable que es la demografía. España es una tierra envejecida. “La generación que paga las pensiones es mucho más pequeña que la que la recibe”, reflexiona el consejero de uno de los principales bancos españoles, quien pide no ser citado. Y esa generación se ha criado en la fragilidad. Es la que más ha sufrido la crisis, la que tiene salarios más bajos y la precariedad durmiendo en casa. Es el terreno millennial. Pero en este viaje, los chicos se han ido dejando por las esquinas de la vida no solo jirones de ingresos, sino también relevancia política. Los casi nueve millones de pensionistas se han convertido en un actor social que abre los telediaris.

Arrinconados en este horizonte el destino parece aguardar a los jóvenes emboscado tras la esquina del tiempo. Y retorna una sensación que había desaparecido desde hace décadas: su futuro dependerá más de la renta de sus padres que de su propio esfuerzo. Un retroceso histórico. Su futuro, en parte, es heredar. Pero bastantes herederos tendrán que acorazarse en la paciencia. Un trabajo de UBS Financial Services reveló que el 53% de las personas con más de un millón de dólares en activos para invertir espera vivir hasta los cien años.

Bajo este soportal de sombras alargadas, donde la relación entre tiempo, edad y dinero parece ser el patio de recreo de una única generación.

Adaptación del artículo de Miguel Ángel García Vega, *El país*, 12 noviembre de 2018, (460 palabras).

Texto 11

Lo contaba el *Heraldo de Aragón* hace unos días: dos jóvenes ganaderos asentados en una aldea de la provincia de Soria, de la que son los únicos vecinos en invierno, han tenido un niño. Es el primero que nace en la aldea, de nombre Pobar, desde hace medio siglo. Lo curioso es que ninguno de los dos pastores nacieron allí. Ella es de Zaragoza (de la ciudad, además) y él, de la vecina La Rioja. Los dos han hecho, pues, el camino inverso que los antiguos vecinos de Pobar, que huyeron de un territorio enclavado en el epicentro de la llamada Laponia española, en la que la densidad demográfica es menor que en la de la región escandinava del Norte.

Que el nacimiento de un niño sea noticia en la prensa da fe de la envergadura de un problema que afecta a muchas comarcas de la llamada España vacía, pero lo más destacable de la noticia es que los jóvenes padres (emprendedores en la terminología actual) no tengan ninguna ayuda especial por atreverse a serlo donde lo han sido. Al revés, en el camino inverso que han emprendido de la España desarrollada a la abandonada y de la ciudad al campo, lo único que encuentran son inconvenientes y trabas de todo tipo. Ni una sola desgravación fiscal por vivir en la España más abandonada y pobre, ni una ayuda para su ganado al margen de las establecidas para todo el país, ni un recorte en los gastos de desplazamiento como sí ocurre, pongo por caso, con los habitantes de las islas Baleares y Canarias, tengan estos la renta económica que tengan.

Recientemente, la comisionada por el Gobierno para el Reto Demográfico declaraba que la situación demográfica en determinadas regiones españolas, principalmente del interior, “no admite más demoras, hay que actuar ya”. El diagnóstico está hecho desde hace mucho tiempo: la gente huye de la España pobre a la rica (en oportunidades de trabajo, en servicios, en posibilidades de llevar una vida digna) y cada vez lo hace en más número. Seguir, pues, teorizando sobre el asunto es perder el tiempo. La mitad de España se desertiza y nadie lo parará mientras los Gobiernos no tomen el camino inverso que han seguido hasta la fecha, que ha sido el de primar a las regiones más ricas en perjuicio de las desfavorecidas.

(Julio Llamazares, *El País*, 20/10/2018 adaptado 390 palabras)

Texto 12

Este año se han disparado los casos de *balconing* en Mallorca. Ya saben que esta práctica descerebrada y terrible consiste en pasar de un balcón a otro, en los hoteles, o incluso saltar del balcón a la piscina, a altas horas de la madrugada y muy cocidos.

Preocupados por el incremento de casos, hoteleros y autoridades de Mallorca se plantean la posibilidad de limitar las ofertas agresivas de alcohol, los dos por uno, las *happy hours*. Puede que sirva de algo, pero yo les diría que miren las redes sociales de los jóvenes británicos. Se matan triscando por las terrazas mientras los amigos les intentan hacer fotos para subirlas.

Siempre me ha causado cierta zozobra el punto de necedad que todos tenemos. “Hay un rincón de estupidez hasta en el cerebro del hombre más grande”, decía Aristóteles. Pero ahora la estupidez parece haberse multiplicado exponencialmente. No sé si es que las redes nos permiten conocer las patochadas que antes quedaban escondidas en lo privado; o si es que la tontería tiene un efecto de imitación y estímulo. Por desgracia, tiendo a creer lo segundo. Porque, a fin de cuentas, el *balconing* parece un fenómeno bastante restringido, pero hay barbaridades mayores y epidémicas. Ni siquiera estoy hablando de los *selfies* de alto riesgo que intentan hacerse algunos jóvenes chiflados, sino de los retratos incomprensiblemente peligrosos que de pronto acomete la gente normal. Como la pareja de turistas

polacos que se despeñó de un acantilado en Portugal en 2014 ante la mirada de sus hijos de cinco y seis años.

¿Qué nos pasa en la cabeza, qué cable se nos desconecta para que, en la ceguera de un momento determinado, hagamos lo que hacemos? Conducir demasiado bebidos. Decir algo irreversible a un ser querido. Saltar por encima de una resbaladiza cascada o correr en Madrid en agosto a las tres de la tarde para demostrarnos que aún somos jóvenes. Hacer el amor sin protección en una circunstancia de riesgo. Podemos caer en cualquiera de estas pifias y muchas más, y al mismo tiempo estar inventando la cura contra el cáncer. Bichos absurdos.

(Rosa Montero, *El País*, 18/7/2018, adaptado 354palabras)

Texto 13

Está de moda la queja de que, por culpa de la llamada corrección política, la libertad de expresión se encuentra en peligro. Lo escucho y lo veo escrito con cierta frecuencia: el derecho a la creatividad, a la irreverencia del humor, está en peligro porque ya no puede ejercerse el antiguo ingenio español de los chistes de maricones, o de monjas que aspiran a ser violadas.

Pero el problema no es que no se puedan decir en público ciertas palabras. Es justo el contrario: que ahora sí se pueden decir, y que de las barras de los bares y de las pintadas de retrete se han extendido, en una especie de metástasis, a lo que antes era el espacio institucional y, por lo tanto, más o menos civilizado del debate público. Nunca había asistido, ni en mi país ni fuera de él, a un grado de violencia verbal como el que observo ahora, en páginas de Internet o en columnas de periódico, en declaraciones de políticos, en los discursos de aquellos que ostentan temiblemente el poder en los países dominadores del mundo.

No hay palabra de odio que no sea tóxica, incluso la que murmura alguien en una soledad rencorosa. Pero cuando las dice el presidente de Estados Unidos, o ahora el de Brasil, uno se da cuenta de que ha empezado otra época, y que ahora el odio es respetable, y legítimo, y que las palabras van a ser más dañinas que nunca. Si hay una libertad que ahora no está en peligro es justo la que ejercen con tanta desenvoltura Donald Trump y Bolsonaro y sus imitadores, sus fieles innumerables: la de ofender a los débiles, a los perseguidos, a los raros, a las mujeres, a los negros, a los homosexuales, a los discapacitados, a los desposeídos, a las víctimas del abuso y de la injusticia. No hay peligro de que no se puedan hacer chistes cuando el presidente de Estados Unidos parodia en un acto público el habla y los movimientos de un discapacitado. Incluso es posible que esos chistes, que casualmente siempre se burlan de los mismos, no tengan ninguna gracia.

(Muñoz Molina, *El País*, 3/11/2018, adaptado 355 palabras)

Texto 14

Hace 10 años los habituales expertos anunciaron que en el plazo de los siguientes 10 años el libro electrónico habría dejado fuera de juego al libro de papel. Los profetas económicos y tecnológicos hablan con el mismo fundamento que los echadores de cartas y que los vaticinadores a fecha fija del fin del mundo, y lo mismo que ellos se las arreglan para conservar su prestigio después de que no hayan acertado ninguna de sus predicciones.

En 2008 el Kindle era una novedad entre resplandeciente y amenazadora que no había llegado todavía a España. Por aquel entonces, en Estados Unidos estaba empezando a desmoronarse el castillo de naipes de las hipotecas basura, justo al poco tiempo de que otro acreditado profeta, Alan Greenspan, vaticinara un porvenir de creciente prosperidad sin sobresaltos. Nuestros profetas locales aseguraban mientras tanto que el sistema bancario español era mucho más robusto que el americano, y que a nosotros la crisis no iba a alcanzarnos.

A pesar de las predicciones tranquilizadoras de nuestros expertos, la economía española se hundió, y con ella el mercado del libro, en parte por el descalabro general, y porque en casi nada se recorta con tanta eficacia en nuestro país como en cosas esenciales, como la sanidad, la educación y la cultura. Las bibliotecas públicas y escolares dejaron de comprar libros, y aunque hubo urgencia por ayudar a los bancos en crisis y a la industria del automóvil, no hubo ayuda ninguna para la industria editorial. Fue,

advenimiento y la generalización impune de la piratería. No sé qué será del libro en papel y del libro electrónico y de la lectura o de la atención y del grado de justicia social necesario para sostenerla dentro de 10 años. No lo sabe nadie, y menos que nadie los que creen saberlo. De lo que estoy seguro es de que seguirá habiendo grupos dispersos de escritores y lectores que seguirán compartiendo el gran secreto a voces de la literatura.

(Muñoz Molina, *El País*, 23/10/2018 adaptado 340 palabras)

Texto 15

Soy una apasionada partidaria de las nuevas tecnologías y sigo creyendo que nos proporcionan avances increíbles; pero, por otro lado, lo digital ha invadido nuestras vidas de una manera tan profunda y tan rápida que los humanos ni siquiera somos conscientes de lo que hemos cambiado. En el mundo hay 7.000 millones de personas, y más de 5.000 millones poseen un móvil. Es una pandemia y no lo sabemos.

Diversos estudios señalan que nos pasamos entre cuatro y cinco horas al día mirando el móvil. Es una cifra tan bárbara que no me extraña que los cines cierren y las novelas no se vendan. No nos da el tiempo para nada más que para estar amorrados a la pantalla. Y en este cómputo no estamos incluyendo las horas que añadimos ante el ordenador.

Y hay algo aún peor. Creemos que las nuevas tecnologías nos facilitan la vida. Que nos ahorran trabajo y nos liberan. Pero en realidad sucede lo contrario. Antes, sacar adelante un tema suponía quizá una carta de papel al mes y tres llamadas. Hoy son decenas de correos electrónicos y de mensajes. Antes podías cortar tu dedicación laboral a una determinada hora. En estos momentos no cortas jamás.

Todo esto está alterando las costumbres, la salud y el cerebro. Numerosas investigaciones hablan del insomnio causado por la luz de los terminales, de alteraciones en la producción de hormonas, de quizá un mayor riesgo de cáncer, sobre todo en niños menores de dos años, los cuales, según todos los indicios, no deberían ni tocar una tableta. Pero hay algo que creo que está clarísimo, y es la disminución de la capacidad de concentración. Con la mano en el pecho, debo confesar que mi cabeza, siempre tendente a las corrientes de aire, tiene hoy más agujeros que nunca. La mente aletea de acá para allá con más facilidad, hambrienta de nuevos estímulos. Tengo la sensación de que los *smartphones* son como hechiceros que nos han hipnotizado, creando una Humanidad de seres distraídos y confusos. Hay estudios que señalan que el uso del teléfono mientras conduces, incluso en manos libres, provoca cada día nueve muertes y cerca de mil heridos en Estados Unidos. Otro trabajo realizado en Manhattan indicó que el 42% de los peatones ignoraban los semáforos en rojo por estar enfrascados en su móvil. Ya digo. Somos las primeras generaciones del *Homo pasmado*.

(Rosa Montero, *El País*, 7/10/2018, adaptado 395 palabras)

Texto 16

Tras décadas de avances en el reconocimiento social y la protección legal de sus derechos, la comunidad LGTBI tiene ahora motivos para preocuparse por la regresión que se está produciendo en países tan importantes como Brasil, Estados Unidos, Rusia o Turquía, alentada por sus máximos dirigentes.

En Estados Unidos donde se estima que hay 1,4 millones de transexuales, Donald Trump ha empezado a revertir las medidas adoptadas por Barack Obama en favor de este colectivo. Ha prohibido, por ejemplo, que puedan servir en las Fuerzas Armadas y en el Departamento de Salud, y pretende aprobar antes de fin de año un cambio legal por el que los transexuales solo podrán inscribirse con el género que corresponde a los genitales con los que nacieron.

Muy grave es también el clima de homofobia que se ha desatado en Brasil tras el triunfo de Bolsonaro, quien a lo largo de su vida ha hecho declaraciones tan desafortunadas como afirmar que preferiría un hijo muerto a un hijo homosexual. El clima alentado por el discurso homófobo del nuevo presidente se ha convertido en un peligro para la integridad de quienes son vistos por sus seguidores como enfermos o perturbados.

En la misma línea reaccionaria se inscriben las normas dictadas por Putin para limitar la libertad de expresión del colectivo gay en aras de que los jóvenes “no se contaminen” con “la propaganda homosexual”.

Todo ello forma parte de una ofensiva de las fuerzas ultraconservadoras contra lo que denominan “ideología de género” en la que incluyen al feminismo. Delante de ellos se ve la militancia de la

comunidad LGTBI, que se ha fortalecido en su tenaz lucha por la conquista de sus derechos civiles, pero sería un error considerar que este es un asunto que atañe únicamente a quienes pertenecen a estos colectivos. Un retroceso en los derechos civiles de cualquier minoría es un retroceso en los derechos de toda la sociedad. Precisamente porque afecta a uno de los valores centrales de la democracia, la libertad, todos debemos implicarnos en la defensa de los avances conquistados, y eso exige el firme rechazo de cualquier expresión que aliente la homofobia y la transfobia.

(Editorial *El País*, 11/11/2018)

Texto 17

Plataformas como Facebook o Twitter se están convirtiendo en las vías preferentes por las que accedemos a la información. Normal, por tanto, que afecten a nuestras opiniones políticas. En los debates previos a la gran crisis las visiones sobre la llegada de las redes sociales solían ser positivas: gracias a ellas el capital social podría multiplicarse, mejorando nuestra participación en los asuntos públicos y favoreciendo una democracia más horizontal y con ciudadanos más activos.

Pero eso era antes. Hoy las visiones predominantes sobre las redes son mucho más pesimistas, incidiendo en la polarización social que generan. Dado que los individuos tendemos a interactuar con personas ideológicamente similares, las redes nos estarían fragmentando en comunidades cada vez más homogéneas y ciegas a cualquier discrepancia. Más aún, las redes ayudarían a que posiciones extremas contactaran entre sí, dejando de percibirse como minoritarias y, en último término, ayudándoles a ganar presencia pública.

Con todo, hay investigaciones que hacen de abogadas del diablo. Su premisa de partida es que el consumo de información política en redes es eminentemente social ya que accedemos a los *links* que comparten amigos y familiares. Sería justamente este carácter social el que nos permite llegar, de manera inadvertida, a opiniones nuevas. Por ejemplo, si nuestra fuente de información fuera solo un periódico offline, veríamos exclusivamente las noticias de aquel medio que nos resulta afín. Sin embargo, gracias a nuestro entorno, en las redes podemos vernos expuestos a noticias de medios que jamás compraríamos en papel, precisamente porque discrepamos de su línea editorial.

Este hecho, a la postre, podría ampliar nuestro campo de visión. Es más, algunos estudios encuentran que, aunque es verdad que la polarización ha aumentado, esta ha crecido especialmente entre los colectivos que menos usan las redes y consumen más medios de comunicación convencionales, especialmente la televisión.

Hay pocas dudas de que las redes están transformando la infraestructura de la política. Ahora bien, que la generalización de estas plataformas coincida en el tiempo con el auge de partidos *anti-establishment* y la polarización partidista tiende a hacerlas el (cómodo) chivo expiatorio. Sin embargo, aún debemos indagar más en sus efectos. Quizá las redes sean como la energía eléctrica, valen tanto para calentar una cocina como una silla mortal, algo que haría que el uso que cada uno le damos a las redes sociales hable, esencialmente, de lo que somos nosotros mismos.

(Pablo Simón, *El País*, 11/11/2018, adaptado 393 palabras)

Texto 18

La gestión de los flujos migratorios que se dirigen hacia Europa desde África no puede focalizarse en el control de las fronteras, sino en modificar las causas que provocan las migraciones. Las medidas de contención en los accesos representan solo una parte de una respuesta que debe ser global, preventiva y, en todo caso, respetuosa con los derechos humanos de quienes han emprendido un camino plagado de riesgos. El drama de los cadáveres que el mar ha arrojado sobre las playas de Cádiz y Melilla tras el enésimo naufragio nos recuerda que el más estricto de los controles fronterizos no impedirá que siga habiendo gente desesperada que intente la travesía. En este caso, lo prioritario es una política de reducción de daños, con un refuerzo de los servicios de rescate que permita evitar las muertes.

España se ha convertido en la principal puerta de entrada de migrantes a la UE, en lo que llevamos de 2018 han llegado a España unos 55.000 migrantes, en su mayoría por motivos económicos, y aunque la cifra representa un aumento del 146% con respecto al mismo periodo de 2017, es perfectamente gestionable y lo que indica es que las rutas se desplazan, pero los flujos globales no aumentan. Al contrario, han disminuido drásticamente.

España ya afrontó en 2006 una crisis por la notable llegada de migrantes a Canarias y esa experiencia le permite ahora defender una política muy distinta de la que viene aplicando el Gobierno italiano de sellado de fronteras y persecución de los migrantes. En aquella ocasión, lo que facilitó la reducción de los flujos que llegaban a Canarias fueron los acuerdos de cooperación que el Gobierno español adoptó con los países de procedencia y de tránsito, fundamentalmente Marruecos, Mauritania y Senegal, que permitieron pasar de 40.000 llegadas en 2006 a menos de 200 en 2010.

Ante esta experiencia, es razonable que España insista en priorizar las medidas destinadas a incidir sobre las causas de la migración en los países emisores, antes que a reforzar los dispositivos de vigilancia y control, que, por otra parte, son ya considerables. Cambiar las prioridades significa destinar más recursos a programas de contención de la migración en los países de origen en lugar de reforzar unas barreras que nunca serán del todo disuasorias. A la larga, esta política resulta mucho más eficaz y además evita la carga de muerte y sufrimiento que la migración comporta en las actuales circunstancias.

(Editorial *El País*, 16/11/2018, adaptado 403)

Texto 19

Muertas las fábricas de armamento, muertas las guerras con armas atroces. Sí, paráfrasis del refrán “muerto el perro, muerta la rabia”, poniendo sobre la mesa que proclamas como el reciente Foro de París por la Paz son baldías a la vez que hipócritas. Setenta jefes de Estado y Gobierno se han reunido para conmemorar el final de la I Guerra Mundial, recordar la existencia de la II y celebrar que en Europa se haya vivido en paz desde 1945, a excepción de la contienda de los Balcanes de 1991 al 2001, tan espantosa como todas.

La mayor parte de los líderes mundiales congregados en París no tienen las manos limpias, ya que en sus países se fabrican y venden las armas que alimentan las guerras que asuelan tantas partes del mundo, lejos del oasis europeo. Contemplar cómo se saludan y hablan de paz gobernantes que actúan a favor de bandos bélicos opuestos, que en realidad propician la guerra en lugar de la paz, resulta repugnante.

La historia de los seres humanos muestra que las peleas son ancestrales, sin embargo, no es ingenuidad reconocer que el daño es mucho menor con palos que con bombas, misiles, armas químicas y demás. Es obvio que el “no a la guerra” y la “cultura de paz” han de adoptar un objetivo concreto como es el de “no a las fábricas de armamento”.

El ilegítimo argumento de los puestos de trabajo que la industria de matar proporciona no es válido, dado que existe una inmensidad de productos que fabricar y vender. Es preciso exigir a todos los países que reconviertan sus fábricas y laboratorios. De lo contrario, cualquier defensa de la paz será una mentira.

Todo lo dicho podría juzgarse utópico, no obstante, todas las utopías lo son hasta que se hacen realidad. La semilla para la abolición de la industria bélica puede nacer en un pequeño lugar, crecer, fecundar y extenderse. Hace un siglo, los pacifistas aún eran perseguidos y acusados de cobardía; por fortuna, la mentalidad colectiva ha cambiado. En los pasillos de muchas escuelas cuelgan carteles exhortando a la paz, así, en abstracto. Exhortar desde la infancia al cese de la industria militar convertiría la expectativa en un diseño viable.

Desde los escolares hasta las entidades que trabajan por una cultura de paz, el único camino para lograrla es hacer que mueran las fábricas de armamento.

(Eulalia Solé, *La Vanguardia*, 16/11/2018)

Texto 20

Un estudio publicado por el ministerio que lidera Pedro Duque revela que el 22% de los españoles creen que la acupuntura y la homeopatía tienen base científica. Los españoles no cuestionamos la supremacía de la medicina tradicional, pero sí le damos validez a las bautizadas por muchos como pseudociencias. Respetando y coincidiendo en la necesidad imperiosa de una regulación que ya ha puesto en marcha el Gobierno, para evitar jugar con la salud del paciente, no timar económicamente a nadie y no hacerse pasar por centros médicos sin cumplir con la legislación ni normativa, pregunto: ¿Pero es el todo o una minúscula parte?

En las últimas semanas el debate se ha incrementado con partidarios a la nueva ley y detractores que aseguran que el plan del Gobierno abre la vía para un mercado clandestino que colocará a los pacientes en una situación de riesgo aún mayor. Ante la petición de médicos colegiados para poder seguir usando terapias alternativas como la acupuntura o homeopatía en sus centros, la ministra de Sanidad es rotunda

—“los hospitales deberían utilizar los productos con efectos demostrados, es decir, medicamentos. Si los productos homeopáticos demuestran evidencia científica, pues serán considerados como tales medicamentos. Ahora no es así”—. La UE ya consideró la homeopatía un medicamento y provocó que el Gobierno, entonces del PP, iniciara el proceso para su posible venta en farmacias. Aunque la cartera de Carcedo ha pedido que Bruselas rectifique, hasta que no cambien las cosas en Europa, deberán cumplir la ley. Por el momento hay más de dos mil productos homeopáticos que han pasado el filtro para comercializarse en España. No se podrán ejercer en centros públicos ni recetar, pero sí vender en farmacias. No discuto ni cuestiono el hecho porque carezco de conocimientos suficientes, pero con el mismo empeño desearía que se tomaran medidas y se llenaran titulares al respecto de la industria farmacéutica, encargada de la producción y comercialización de medicamentos. Es el sector económico más importante del mundo en el que 25 empresas controlan el 50% del mercado. Hay mucho oscurantismo en el proceder de este imperio económico que mantiene un control sobre los principales órganos mundiales de salud que dictan los procedimientos, las enfermedades, terapias y los medicamentos aceptados. La FDA (Administración de Alimentos y Medicinas) de los Estados Unidos y la Agencia Europea del Medicamento están financiadas casi en su totalidad por este lobby que defiende sus intereses, sin reparar en la salud de la ciudadanía. Con el derecho de proteger y seguir la ciencia ¿cuál es el sentido si luego se produce por un grupo y para un fin particular y no social? ¿Debemos dejar buena parte de la salud mundial en manos de estas empresas privadas que invierten sólo un 15% de sus beneficios en investigación y sus fines son económicos? Por cada dólar invertido en investigación se ganan mil en el mercado. ¿Por qué no se cambian las reglas del juego con nuevas legislaciones para esta industria con el mismo énfasis que para las llamadas pseudociencias? ¿Qué remedio ponemos a nuestra enfermedad?

(Sandra Barneda, *La Vanguardia*, 24/11/2018)

Texto 21

El pasado lunes cerré esta columna con una noticia sacada del último libro de Margo Glantz. Era una inocentada. Me lo aclaró un amable lector, Tito Saavedra. El hecho de que una mujer como yo llegue a creer que en un condado inexistente de Reino Unido prohíban las novelas de Agatha Christie; que en el área de educación de Comisiones Obreras se quieran vetar textos de Neruda; o que el Gobierno de Navarra censure las canciones de Amaral; la posibilidad de creer esas noticias falsas o tergiversadas expresa una realidad preocupante. Mi comportamiento irresponsable y mi ingenuidad se relacionan con la actitud crédula de los alfabetizados analógicos: confiamos en que el contenido de las noticias encaje con lo que ciertamente ha sucedido más allá de que cada medio, en función de su orientación política, presente el acontecimiento rodeado de unos juicios cuya finalidad es crear opinión y reafirmar ideologías afines. El problema no radica tanto en que mi conciencia crítica detecte la masa de connotaciones que sobrevuelan, como nebulosa, el dato o suceso acaecido, emborronándolo o tiñéndolo de distintos colores, sino en que he de desconfiar del núcleo de la información. De las ficciones literales que se venden como noticias. No de la noticia ficcionalizada, sino de la ficción noticiable. En concursos televisivos se juega al verdadero/falso: “Se comió a su padre y le supo soso”. “¡Verdadero!”. Mentiras o manipulaciones torticeras: en un programa rosa oscuro escuché cómo se involucraba a un actor en la *trama Gürtel* con el argumento de que había sido contratado como payaso en dos fiestas infantiles organizadas por los imputados. Levantamos sospechas, decimos mentiras o las reproducimos porque nos conviene para ratificar nuestras ideas o herir al contrario. Pero muchos individuos no sabemos salir del prejuicio de nuestra educación analógica. Confiamos en los filtros de la edición y en la responsabilidad de las personas que hablan —hablamos— en público y que deberíamos cuidar exquisitamente nuestras palabras. Sin embargo, en el bosque imaginario de la posverdad me pierdo como Caperucita. No sé manejarlo. Se nos hace creer que lo ilusorio y lo real pueden ser colocados en el mismo nivel, pero ese juego no es más que una argucia para seguir mintiendo y que personas, tan ineptas como yo, creamos: nuestro cerebro aún funciona a partir de una suerte de pensamiento dicotómico que, lejos de haber sido pulverizado, está más presente que nunca. El vino se convierte en agua, y lo pintado en lo vivo. Como si nada importase. Pero importa.

La otra razón de haberme hecho eco de esa mentira es el miedo a que fuese verdadera. Un miedo que nace de un estado de la cuestión en que cualquier noticia sobre mujeres que censuran, cercenan o manipulan la realidad parece verosímil. Esa es la música ambiente que demoniza críticas y acciones del feminismo. Cuando detecto una estrategia reivindicativa que considero equivocada, acometo la autocritica y sin querer me transformo en vocera de los que inventan mentiras para desacreditar reivindicaciones dignas y justas. Algunas personas disfrutan con los trampantojos del mago de Oz. Pero esos trampantojos no son blancos. Tampoco solemos reconocer los errores; a menudo, nos

virtud. Abundando por soberbia en las mentiras. Yo solo puedo ampararme en la excusa de que, cuando mucho se habla, mucho se yerra. Espero que entre el ruido se escuchen mis disculpas. Prometo no volver a ser crédula. Me afilaré el colmillo. Ya me voy enterando de lo que vale un peine.

Marta Sanz, *El País* (20/11/2018) 590 palabras

Texto 22

La enseñanza bilingüe en colegios e institutos ha sido una de las iniciativas más prometedoras para intentar sacar a España del secular atraso en el uso de un idioma extranjero, especialmente el inglés, la lengua con mayor proyección internacional y la más demandada por los alumnos. Numerosas investigaciones destacan, además, los beneficios del bilingüismo en los procesos cognitivos de los escolares, lo que otorga a este método de enseñanza un valor añadido.

Hasta hace poco, cursar estudios en dos idiomas era considerado una opción elitista y al alcance solo de familias con un elevado poder adquisitivo. Ahora, más de un millón de alumnos están matriculados en centros bilingües públicos y concertados, una cifra que refleja el espectacular incremento registrado en los últimos 14 años, cuando empezaron a ponerse en marcha los primeros programas de aprendizaje bilingües en la red pública.

En gran medida, este crecimiento ha sido fruto del empeño de las comunidades autónomas, especialmente de aquellas que como Madrid hicieron de la escolarización bilingüe la oferta estrella de su política social. Pero la ausencia de evaluaciones eficaces, ahora que ya ha transcurrido el tiempo suficiente para certificar sus resultados, hace difícil calibrar el verdadero impacto de este modelo en la calidad de la enseñanza. Muchos profesores se quejan de que no dominan con la necesaria fluidez el idioma extranjero como para impartir su asignatura en una lengua distinta de la materna.

Hoy por hoy, la implantación de la enseñanza bilingüe resulta muy dispar en las distintas comunidades autónomas. A esta falta de homogeneidad se unen además las diferencias en la capacitación que se exige a los profesores según la ubicación del centro escolar, ya que cada región mantiene su propio sistema de selección. En unos casos se requiere acreditación mediante diplomas oficiales; en otros se realizan pruebas de habilitación.

Una de las principales debilidades del sistema de enseñanza bilingüe es precisamente que no hay suficientes docentes con el conocimiento óptimo y la destreza necesaria para impartir clases en inglés. Muchos profesores ni siquiera han sido formados conforme a la metodología europea, que consiste en aprender un idioma a través de otras asignaturas, como las Matemáticas, la Geografía o la Historia.

Una enseñanza bilingüe de calidad requiere, por encima de todo, una adecuada preparación de los maestros. Y para ello los recursos financieros tienen un peso determinante. Disponer de dotaciones presupuestarias para otorgar becas a fin de que los profesores puedan curtirse en el idioma foráneo con estancias fuera de España es un factor que, a la postre, beneficia al conjunto del sistema educativo. La crisis económica, que provocó durísimos recortes en educación, ha dejado muchos programas de perfeccionamiento en inglés en agua de borrajas.

Editorial *El País* 18/12/2018 (445 palabras)